

LA CIENCIA Y LA VIDA EN EL PENSAMIENTO DEL PROFESOR ALBAREDA

Publicamos a continuación una selección de textos del Profesor Albareda, donde se pone de manifiesto la íntima relación que existió siempre entre la vida y la obra científica del Rector de la Universidad de Navarra.

El valor del estudio

Frente a la transmisión de la cultura estática, como un legado, aparece la investigación como un continuo adquirir, como una invasión permanente de nuevos dominios y conquistas.

El estudio, como todo trabajo, es una justificación del vivir, una ejemplar cuenta de gastos de un tesoro, de una energía, la vida; y ello, no sólo en la sociedad actual, sino en relación con las pasadas. Porque el patriotismo se levanta pensando en las grandes obras pasadas; nuestros antecesores descubrieron mundos, fundaron ciudades, levantaron catedrales, escribieron novelas, dramas, obras místicas. Y nosotros ¿qué hacemos? ¿qué hacemos si somos estudiantes o profesores y no estudiamos?

Estudiar no tiene tan sólo una utilidad individual o colectiva, ni se contenta con un influjo nacional o un dominio ideológico. El estudioso posee un rico panorama mental... que no le satisface, y levanta el espíritu, busca las dimensiones del mundo y se convence de que son pequeñas. El estudio es camino hacia Dios.

Yo no sé si en nuestra vida académica ha existido suficientemente el aleteo acariciante del estímulo. Se de carreras torcidas por maestros faltos de fe, sobrados de descontento, sembradores de aquel nefasto: «y eso, ¿para qué sirve?».

Generosidad para la ciencia

En las llanuras del saber, el empuje interno del investigador hondo yergue culminaciones, pequeñas elevaciones, vértices agudos o dilatadas cordilleras. Hombre generoso, entrega a sus discípulos la totalidad de su saber y el fruto maduro de su pensar; entonces esta cumbre científica influye en cuanto le rodea y le va levantando hasta su nivel propio; actuando sobre ese nivel, los discípulos de mayor empuje le rebasarán; se cumplirá aquella definición del buen profesor: el que saca discípulos que le superan.

Sólo en la continuidad hay eficacia. Las obras valiosas no se hacen de un golpe, y sólo la continuidad operante logra realizarlas.

Un país avanzará con una verdadera aristocracia directiva, pero si cada grupo social o profesional se constituye en aristocracia que recaba privilegios y exclusivas, si se desarrolla el espíritu de castas, si los problemas van a manos de quienes los monopolizan, si los temas y cuestiones se tratan con criterio de propiedad, no de trabajo, las cosas no pueden marchar.

¿Cómo explicar, entonces, que en la vida profesional el triunfo sea tantas veces la paralización? Porque falta ideal profesional, porque lo que se buscaba no era la acción y la labor propias del puesto logrado, sino la vanidad o los ingresos inherentes a aquella profesión.

Dinamismo científico

La investigación comunica a la Ciencia su tono vital, su dinamismo y su inquietud.

Terminar no es fácil. Y las cosas a «medio hacer» son incompatibles con la investigación.

Terminar exige cosas pequeñas, detalles que parecen secundarios.

Hay especialistas en señalar lo que les falta; pero son preferibles en la investigación los que sienten la responsabilidad de lo que tienen.

Las rutas anchas, los panoramas abiertos, las obras magnas llevan un ritmo que siempre parece lento. Son las pequeñeces las que pasan con velocidad cinematográfica.

Para una acción eficaz

Cuando escasean los hombres y los instrumentos de la docencia —profesorado, libros, material de trabajo— viene el resbalar hacia el verbalismo inoperante.

Decir que ha de ser práctica es decir que ha de realizarse, que ha de ser real, que no puede limitarse a ser reflejo, narración, bibliografía.

La razón matemática, saber decir, saber hacer, ha tenido un valor exorbitante. La explicación ha podido dilatarse sin freno mientras la acción ha quedado raquítica, cohibida.

No se trata de una exacta coincidencia de contornos entre cátedra y laboratorio; no es que la práctica haya de cubrir precisamente el área verbalmente expuesta. Las prácticas dan a la teoría arraigo y solidez: calan, impregnan, fijan. Pero tienen también un carácter propio: forman la educación científica, sirven para saberse conducir científicamente.

El universitario adquiere, en general, una formación doctrinal muy sólida y una capacidad operante mucho más restringida.

Trabajo en equipo

Se ha dicho muchas veces que al español le falta constancia, fijeza, y que esta es su gran deficiencia para la investigación. Hay caracteres individuales muy distintos. Entre los que son constantes, hay suficientes para garantizar el desarrollo de la investigación.

Porque el que enseña, no enseña a una entidad escolar, no se dirige a un mundo; enseña a personas concretas, a éste y a aquél, a la realidad del individuo.

Ya sabemos que en las ocasiones más lamentables se ve la revuelta, se oye el alboroto, se palpa la anormalidad; pero el trabajo retirado y fecundo, la labor asidua, fiel, callada, ni se ve, ni se palpa.

La investigación es trabajo y el trabajo es educador. La investigación vive en laboratorios y archivos, en seminarios y bibliotecas. La investigación tiene por sí misma un alto valor utilitario; pero además posee ese valor educativo. Sería absurdo pensar que toda formación de cultura superior haya de ser formación investigadora.

Investigación y Universidad

El carácter nacional atribuido a los Institutos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas ha favorecido el florecimiento de centros investigadores en las distintas Universidades.

Cada Universidad debería dedicar atención muy destacada a la publicación sistemática de todas sus tesis doctorales.

Todas las cosas responden a un plan: la creación realiza un pensamiento divino. Por eso la consideración de las cosas posee energía formadora.

A poco que se piense, no se advierte cómo un caudal científico, de la naturaleza que sea, puede deslizarse por una inteligencia sin humedecerla, y aún sin calarla e impregnarla. No hay ciencia cuya tensión superficial se oponga a la adherencia y dé, como el mercurio, meniscos convexos, reacios a la comunicación.

Unidad de las ciencias

Hace muchos años que Miral se lamentaba de que «es deficientísima en los científicos la cultura literaria e histórica, y casi nula en los literatos la cultura científica», y así se produce una bifurcación entre los que «se pasan la vida emborronando cuartillas sin tener nada que comunicar a sus lectores» y los que «se llevan al sepulcro toda su ciencia, porque no saben escribir».

El Arte, la Literatura, la Historia, tienen, sin duda, un indiscutible valor formativo. Pero la formación no sólo es un contenido, sino también un modo, y así cabe alcanzarla discuriendo por muy diversos géneros de objetos, por lo cercano y lo distante, por el reino de la Naturaleza y el del Espíritu. Para el que sabe leer, el libro del Mundo siempre tiene algo que decir.

Aquel «cobra buena fama y échate a dormir» es la más honda incubación de una decadencia. Si algo se decide de una vez para siempre, la decisión de un momento requiere continua reafirmación. Sólo cuando vivir es crecer está ausente el ocaso de nuestro horizonte.

El hombre que busca una notoriedad puede adquirirla, por el lado científico, con paciencia, pasando años y años en los que apenas le conoce nadie, para llegar luego a un prestigio de solidez inexpugnable. Hay un sistema menos paciente que consiste en hacer ruido, pero el ruido daña a la investigación.

Una primera mirada a la orientación de la juventud escolar española nos manifiesta desequilibrios y desenfoces fundamentales. La producción, en lo económico, se orienta hacia el consumo. Intelectualmente sin embargo, nos encontramos con que lo que España desarrolla no va, no se dirige a lo que España necesita. Es un contrasentido que en un país donde tantas cosas están por hacer, haya —en período normal— tantas personas sin saber qué hacer.

Orden, Experiencia, Investigación

Que podamos dejar las cosas de modo que las tome otro en el punto en que las dejamos. Que no seamos maraña de hilos enredados, sino tejido tupido, hilos paralelos y entrecruzados. Orden, orden, orden. Orden como exigencia del trabajo, como elevación del rendimiento, como eficacia de la labor, como disciplina de la mente y de la acción, como posibilidad de vivir y cooperar, como lenguaje común, como estilo de escuela científica, como respeto a las cosas y a las personas, como economía y como servicio, como mérito para alcanzar un orden de verdades practicando un orden de técnica y de conducta.

Ciencia y desarrollo

Los puntos de vista sobre formación de investigadores han cambiado como consecuencia de un conjunto de hechos que forman parte de la última guerra. La investigación ha pasado de ser una super-elevación científica, un lujo intelectual, una fuente de desarrollo industrial, a constituir una necesidad pública apremiante, una exigencia militar, el fermento técnico indispensable para el desenvolvimiento económico solidario de la normalidad y de la defensa nacionales. («Consideraciones sobre la investigación científica», Madrid, 1951).

«El terreno científico necesita cada vez más, por un lado, la consagración plena a una especialidad; por otro, que las ciencias amplíen sus correlaciones, se comuniquen sus métodos de trabajo y extiendan sus instrumentos de aplicación a diversos procesos».

«La Universidad enseña, investiga, forma; observemos las interacciones de estas actividades, sus uniones vitales, el peligro de un exclusivismo deformante que pueden traer consigo, y no perdamos de vista que a esta formación humana, cuyo valor es capital, la enseñanza y la investigación aportan elementos vigorosos de los que puede obtener un gran resultado». («La Table Ronde», núm. 201, París, noviembre 1964).

Lo universal es muy valioso, pero no debe servir para alejar de lo local, para formar hombres que estén siempre en la generalización, sino para formar hombres que comprendan mejor lo que les rodea.

Ritmo de las Ciencias

«Cualquiera que sea el fondo común a las ciencias y a la investigación científica, no sabríamos esquivar el hecho de que las ciencias se desarrollan según ritmos muy variables».

Las diferentes materias objeto de la investigación presentan estructuras y resistencias muy diversas, y por lo tanto cada ciencia presenta, en su historia, puntos altos y bajos, aportaciones de desigual volumen en sus distintos períodos. La misma altura científica de cada enseñanza varía considerablemente, ya sea por el tiempo que permanece en vigor, por su estabilidad o renovación. Todas las ciencias progresan, pero divergen entre sí tanto por el ritmo de su crecimiento, de intensidad diversa, como por la época en que llegan a la madurez. La preocupación constante, la confrontación de documentos, la experimentación dirigida, la observación comparada, los instrumentos cada vez más sutiles, todo esto interviene de manera muy desigual en el intercambio que se opera entre la capacidad receptiva y la facultad impulsora, intercambio en el que consiste la investigación».

Necesidad de la integración

«Si la integración de las ciencias es un fenómeno de nuestro tiempo, si esta coordinación se observa en las más variadas actividades humanas, ¿no se presentará también entre los diversos fines de la Universidad? Sin que haya una relación necesaria, el lazo se estrecha sin embargo, en algunas especialidades, entre la investigación y la profesión, en un doble movimiento: el interés social y la amplitud que se exige del progreso científico crean la investigación profesional. Hay ciencias cuya proliferación es tan vertiginosa que hay que renunciar a transmitir las en herencia. Lo que hay que legar son los gérmenes mismos del crecimiento, proporcionar una formación dinámica.

La investigación requiere un estado y una vocación o consagración profesionales. Ha abierto nuevos caminos de trabajo, creado actividades inéditas, amplios sectores profesionales hasta entonces insospechados. Este crecimiento extraordinario ha situado a los gobiernos en la obligación de multiplicar el personal científico y técnico, considerar los efectivos y su formación como potencia y valor humanos sin cuyo auxi-

lio las potencialidades naturales y económicas perderían toda su eficacia. Estos estudios universitarios, científicos, concebidos como una transmisión de los tesoros de la inteligencia que no se hubieran podido dejar desaparecer, ha sido necesario revolucionarlos, abrirlos, propagarlos, inclinarlos hacia la investigación y la aplicación profesional, exponerlos en la plaza pública, de manera que sirvan para reclutar nuevos adeptos, cargarlos de realidades y de problemas, mezclarlos en la vida que plantea los problemas y sugiere las respuestas. Pasar psicológicamente del estado de mago al de hombre de la calle, es precisamente un profundo problema de la profesionalización».

Espíritu creador

Difundir el espíritu investigador es aniquilar la rutina, calar, ahondar, arrollar. Es quebrar el anquilosamiento, corroer estériles artefactos, dar tensión al espíritu, y elasticidad a la mente, habituar a pensar antes de hacer, ampliar la visión y dotarla de poder penetrante. Es conjugar la serenidad con la prisa, excitar la pasión de hacer, de crear, de levantar; transmitir vibración a la inteligencia, entusiasmo al trabajo.

Trabajo de todos

Antes, la investigación había tenido un carácter de culminación excepcional: genios que aparecen sin que quepa intervenir en su producción; hombres islas, plantados fijamente entre las corrientes del mundo. Hoy, en cambio, presenciamos en el mundo, y en España un aumento considerable de la investigación científica.

Entre nosotros, las grandes figuras que iniciaron en el pasado siglo escuelas actuales de trabajo científico, multiplicaron sus frutos ya entrado nuestro siglo, y la investigación se dilató por nuevos caminos, con mayor cohesión y sistema. En los últimos años brotan

nuevas direcciones científicas y éstas aparecen no ya como ocasionales coyunturas basadas en la existencia de personas destacadas en un campo científico, sino como un cultivo general que busca zonas yermas y trata de extender, con la mayor amplitud, el desarrollo investigador. Nuestro tiempo abre nuevos derroteros a la actividad científica en el mundo.

Responde esta evolución a dos actitudes humanas diversas, a dos desarrollos, más personal el uno y más social el otro, de la actividad científica. El investigador puede proponerse contestar a las interrogaciones que surjan en su misma mente o puede contestar a lo que pregunten los demás.

Es natural que las entidades, principalmente el Estado, pero también diversas instituciones públicas y privadas, vean esta investigación que se presenta como servicio con un interés distinto al que antes habían percibido al contemplar solamente el puro y fundamental desarrollo científico. Existe una diferencia transcendental entre el hombre de estudio aislado, genial, descubridor, al que acompañan frecuentemente la admiración y el aislamiento, y los cientos y miles de obreros científicos que se afanan en la resolución investigadora de problemas de inmediata aplicación. Estas dos posiciones no son antagónicas, y esa bifurcación que perfilamos tiene mucho de relativo. Pero hoy tampoco puede aceptarse que el descubrimiento científico por sí mismo, sin más elaboración posterior, posea potencia suficiente para accionar las más diversas técnicas de aplicación. Esa visión mística por la que el conocimiento, como un manantial diáfano, va a fertilizar los más diversos campos de la vida humana, sin preocuparse de canalizar, de nivelar y de todas las otras operaciones indispensables para llevar el agua a la tierra, no puede sostenerse ya. Hoy no podemos oír, como oíamos hace algunos años a un profesor al inaugurar el curso de una Real Academia, afirmar que de que tengamos un ejemplar desarrollo de la Geología se deriva naturalmente que debemos tener un desarrollo de las Ciencias Agrícolas. La investigación técnica tiene sustantividad, y no es una producción espontánea del

desarrollo general de las ciencias. Esa relativa dualidad se aprecia con relieve destacado. (NUESTRO TIEMPO n.º 1. Julio 1954).

Vitalidad del pensamiento investigador

El pensamiento investigador se ha de nutrir de ideas, de hechos, de conocimientos; ha de ser amplio y estar abierto, pero requiere dirección, convergencia. No es la acumulación informe, la heterogeneidad del aluvión; es caudal que mueve turbina; tierra que permite germinación y vida; flujo capaz de tener foco. («Consideraciones sobre la investigación científica». Madrid, 1951).